

→ Tres mil quinientos obreros en el textil y, en total, más de cinco mil, con 3.399 hombres y 1.484 mujeres a mediados de los cincuenta del siglo pasado, respectivamente el setenta y el treinta por ciento, proporción inaudita en la España del interior. De ahí el carácter avanzado de la ciudad, un oasis de progreso, punta de lanza en la epopeya de la emancipación femenina. Las pesquisas rigurosas de Javier Ramón Sánchez Martín, catedrático de Ingeniería Textil en la Escuela Técnica Superior de Béjar, han puesto blanco sobre negro el panorama: en 1965 laboraban 91 empresas textiles, doce de ellas con más de cien empleados. «La vejez de la maquinaria», atención al dato, rondaba «dieciocho años, mientras que la media española estaba alrededor de 25». Tres turnos de trabajo, concierto de sirenas cada ocho horas.

Las aguas purísimas del Cuerpo de Hombre siguen discurriendo bajo los puentes, mas qué queda de aque-

lla opulencia, cuando no se vivía en Jauja ni en la tierra del pipiripao pero sí en un ambiente de desahogo. Las cifras no dispensan cuartelillo al liricoidismo, los números desmoronan el andamiaje de las interpretaciones desenfadadas. Yo echo las cuentas, y por si algún cómputo se me despinta pregunto a quién sabe, nada de cábalas: Rafael Díaz, sesenta o setenta operarios; Manuel Bruno, más o menos quince; Manufacturas, treinta; Farras, otros quince; Virgilio Bermejo, Tejeda, el fabricante de la tela para las capas, y un puñado de empresarios capaces de apostar por su tierra. Sumo las distintas partidas: a duras penas revelan doscientos obreros textiles. De cerca de veinte mil habitantes la ciudad ha caído hasta trece mil quinientos, mientras la comarca se despo- blaba. Desmoronamiento de vértigo, trastumbada de categoría funeral. Haría falta profesar de ciego o militar a sueldo en la nómina sistémica del optimismo para fingir desconocimiento.

A ciegas me introduzco en el túnel y así vuelvo a recorrerlo al cabo de muchos años, dejándome poseer en la oscuridad por el frío, tal vez en busca de mis temores niños, cuando la apuesta se cifraba en pasarlo sin luces, persiguiendo la salida entre resbalones, tropiezos, zarabandas, empujones y caídas. Son 372 metros abiertos a puro pico, horadando por la base el macizo de piedra acerada cuya cima corona el caserío.

Concluida aquella gran obra en 1891, en los comienzos de la edad de oro del textil bejarano, el último tren pasó de largo, pasó para no volver, en 1984, implacable el poder político con la España del interior. La puntilla sobrevino por obra y desgracia de una legislación que confirió derecho de pernada y singularidad de curso a los productos chinos, de pésima calidad pero confeccionados en condiciones esclavistas y por eso mismo colocados en el mercado a precios imposibles para unos pequeños y medianos industriales españoles que abonaban salarios dignos,

pagaban seguridad social y rendían impuestos para verse a cambio des- protegidos.

Invierno vestido de otoño, el sol relampaguea enardecido y las evocaciones levantan la sombra del miedo. Luego caerá la niebla, los pare- dones de los viejos obradores encarnarán entonces las formas del misterio y las ramas de los abedules se agitarán excitadas. La nieve cobijada en las traseras del Museo, que cruje cuando se la pisa, suena y se queja con levedad, despertándome al olor y a los susurros de la infancia y también al estruendo gozoso del canal de los truenos, un alarde de la ingeniería parda: alimentadas las cal-

deras de Tintes Gilart por toneladas de carbón, cebarlas manualmente resultaba penosísimo.

Y así erre que erre con esa fatiga hasta el día en que uno de los aprendices a tintorero, cansado de tama- ños afanes, requirió la atención de Serafín Gilart, cocinero antes que fraile, patrón que las había pasado canutas durante los primeros años de la post-guerra, rescatado entonces de sus infortunios por Santiago Rocamora, a la sazón poderoso fabricante, ambos catalanes aunque políticamente con trayectorias opuestas, ex oficial el primero del ejército republicano en tanto el segundo vivía la tragedia del patrimonio familiar deshecho y un hermano asesinado en Barcelona por los milicianos. Ayer por ti, hoy por mí. Los dos renacieron al amor del Cuerpo de Hombre, unidos por la causa del trabajo.

Gilart escuchó al aprendiz, quizás acostumbrado a los diálogos de respeto en las asambleas de los casinos y las casas del pueblo, donde las clases populares aprendieron a leer y escribir, red destruida por el franquismo de la que apenas se salvó en toda España media docena de centros, exponente de los cuales resulta el Casino Obrero de Béjar. El tintorero en ciernes apuntó con el dedo índice hacia el camino que discurría a media ladera del monte. El patrón cogió la insinuación al vuelo, de modo que apenas una semana después quedaba inaugurado el canal de los truenos. El estruendo de la carga de los camiones se escuchaba desde lejos. Adiós a la esclavitud de las palas y al peaje de las carretillas. Ni asesores con ínfulas ni turbamulta de informes, bastó con el sentido común de un aprendiz avisado y con la disposición de un patrón con memoria de sus orígenes.

«No vuelvas nunca la vista atrás», recomendaba Pitágoras, «pues las Eurinias pisan tus pasos», las Eurinias o las Euménides o las Furias, venerables diosas que en aras de la justicia iban al alcance de los culpables. ¿Se habrán extraviado? Por aquí se las aguarda desde hace tiempo en nombre de un ayer con nobleza, un presente de nostalgia y un futuro de incertidumbres. La naturaleza en pujanza y la gesta del trabajo, belleza que a veces desespera. Todo se abraza en el rincón del túnel.

La nieve cobijada en las traseras del Museo, que cruje cuando se la pisa, suena y se queja con levedad

SOBRE EL AUTOR

► **Gonzalo Santonja.** Doctor en Filología Hispánica, diplomado en Documentación por la Escuela Nacional de Documentalistas y 'Honorary Fellow in Writing' por la Universidad de Iowa (EE UU), es catedrático en la Complutense, de cuyos cursos de verano de El Escorial fue cofundador y vicedirector durante sus cuatro primeros años. Rafael Alberti le nombró asesor cultural de su Fundación, cargo que ha ejercido en otras entidades. Ha impulsado grandes iniciativas editoriales y coordina premios de poesía tan importantes como el Jaime Gil de Biedma o el Rafael Alberti. En 1990 obtuvo el Premio Ortega y Gasset; en 1994, el Nacional de Ensayo y en 1998, el Castilla y León de las Letras. En el 2002 fue nombrado director general del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua. Se le deben estudios, libros y antologías sobre censura, literatura popular española y narrativa social. Revolucionó el panorama lingüístico al develar en 2009 que el origen del castellano está en Valpuesta, porque, mientras las glosas registradas en de Santo Domingo de Silos (silenses) y San Millán de la Cogolla (emilianenses) son del siglo XI, los cartularios de la burgalesa Valpuesta contienen palabras en español escritas en el IX. En los últimos años está centrado en investigaciones sobre historia de la Tauromaquia y sus orígenes, donde está realizando contribuciones fundamentales desde perspectiva documental, como la de que el origen del toreo a pie se remonta al siglo XII. En 1996 fue nombrado hijo predilecto de Béjar.



Próximo jueves,
26 de febrero,
Ignacio Sanz en el Enebral
de Hornuez (Segovia)



▲ El río Cuerpo de Hombre, a su paso por Béjar. Abajo, maquinaria del museo textil.

